

El ciclo Herreros en la obra de Manuel Mejía Vallejo

Juan Luis Mejía

Se inicia con la publicación, en 1973, de la novela *Aire de Tango* y el libro de cuentos *Las noches de la vigilia*, de 1975, y culmina con la edición de la novela *Los invocados* en 1997.

La obra narrativa de Manuel Mejía Vallejo se puede dividir en dos grandes ciclos, en dos *Opus* creativos. El primero se inicia con la publicación, en 1945, de la novela *La tierra éramos nosotros*, y culmina con la edición de *Las muertes ajenas*, en 1979. De este primer cuerpo narrativo se han publicado múltiples comentarios críticos.

En este texto nos concentraremos en la última etapa creativa del escritor antioqueño, a la que he denominado **El Ciclo Herreros. La hipótesis es la siguiente:** Luego de una etapa de realismo, violencia y denuncia social, a tono con las corrientes literarias de América Latina hasta los años sesenta, Manuel Mejía, luego de obtener el premio Nadal en 1963 con la novela *El día señalado*, entra en un proceso de reflexión, autocrítica y reinención sobre su hacer narrativo. Durante los últimos años de la década del sesenta y los primeros años setenta del siglo XX, cuando muchos críticos afirmaban que Manuel se había agotado literariamente, el autor, en realidad, vivía / padecía la reinención

de su oficio como escritor. Se estaba gestando el *Ciclo Herreros*, que se prolongaría hasta el fin de sus días.

El replanteamiento de la obra implica la creación de una geografía, un pueblo, un linaje y un nuevo lenguaje literario. La ruptura se inicia con la publicación, en 1973 de la novela *Aire de Tango* y el libro de cuentos *Las noches de la vigilia* de 1975, y culmina con la edición de la novela *Los invocados* en 1997.

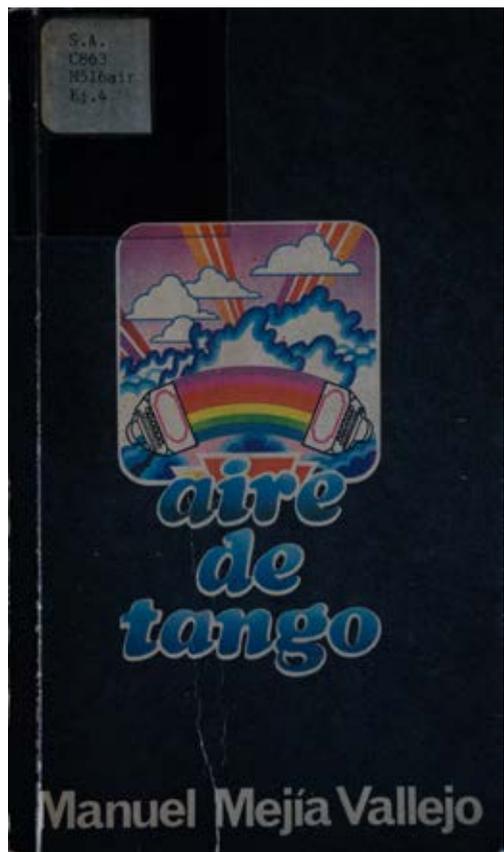
Una geografía

A lo largo del *Ciclo Herreros*, Manuel va consolidando una geografía en la cual son claramente identificables distintos pisos térmicos, los cuales, a la vez, reflejan estados del alma. Es un recurso parecido al que utilizó Tomas Carrasquilla en la trilogía que compone *Hace Tiempos*, donde el autor se desplaza desde las ardientes riberas de los ríos del Bajo Cauca, hasta las frías llanuras de la Meseta del Norte Antioqueño. A diferencia del novelista de Santo Domingo, que parte de las inhóspitas tierras de la minería de aluvión para culminar en la ciudad, en el último ciclo Mejía Vallejo parte de la ciudad y regresa al campo físico y de los recuerdos de infancia, en un verdadero *déjà vu*.

Cuatro son los pisos térmicos identificables en esta última etapa creativa: las tierras bajas, el clima medio, la tierra fría y el páramo, cada uno de ellos poblado de su naturaleza

propia, que Manuel describe con la precisión de quién ha vivido en cada uno de los climas.

En las tierras bajas está ubicada la *casa del río o la casa de las cadenas*, hacienda de tierra caliente, a orillas del río Cartama, cerca de la desembocadura en el río Cauca. La flora es la propia del bosque tropical seco, donde crece el samán y el búcaro, donde al mediodía es ensordecedor el canto de las chicharras. Y donde “maduran los tamarindos y engrosaban los zapotes y doraban las ciruelas con picotazos y cantos; y se esferizaban más los totumos



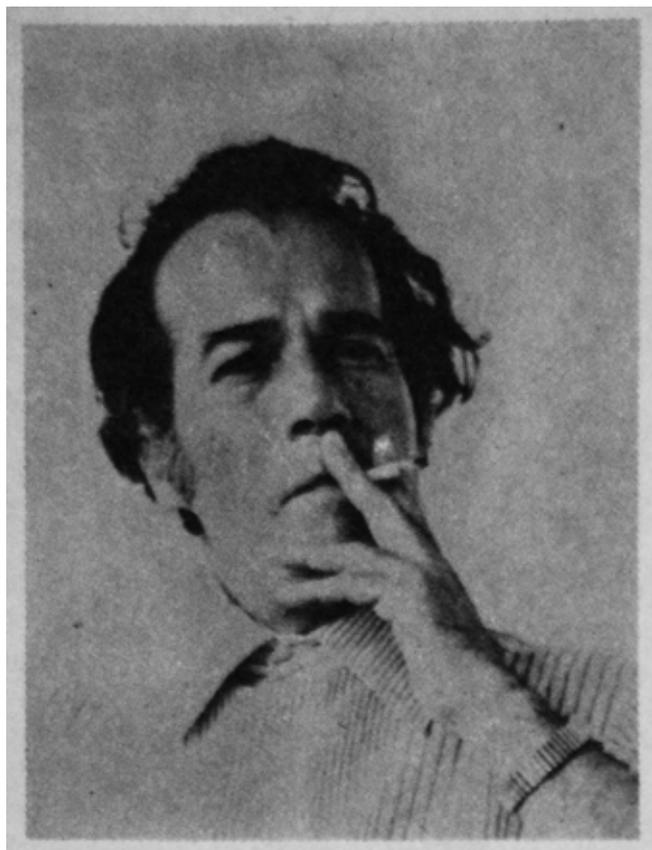
Regreso hacia el origen: *Balandú*.

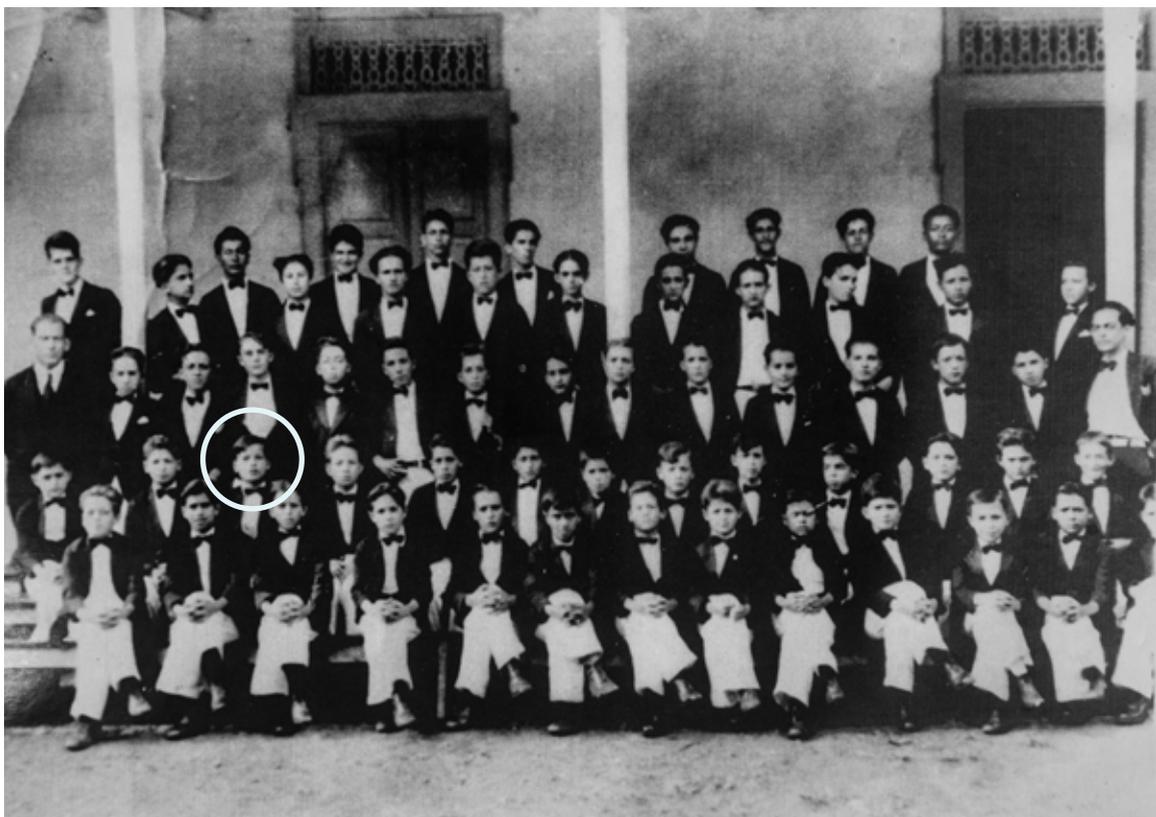
en su verde opulento, y cocos y papayas crecían sobre la frugalidad del suelo; y los mangos amarilleaban y enrojecían su corteza a la pulpa jugosa y aromosa. Y alargaban sus cimitarras las cañafístulas, y endurecían su caparazón los algarrobos, y florecían ceibos y gualandayes y sobre cercas y solares la invasión de sandías y estropajos y todo el cielo lleno de alas verdes, rojas, amarillas contra el crepúsculo incendiado. Y un aroma dulce de fruta rajada y miel y colmena y nube de verano”¹. Allí están los hatos ganaderos donde pasta el ganado cebú, al que arrear

vaqueros de espuela y sombrero de ala ancha, altivos, rápidos con la soga y la peinilla.

En la parte intermedia de la cordillera se asienta la zona cafetera bajo la sombra de guamos y cámbulos, de guayacanes y jacarandás. Allí cantan el turpial y el sinsonte. Tierra de agricultores y chapoleras regidos por los ciclos del cultivo del café. “Las frutas también hacen amañador el pueblo: guayaba olorosa, granadillas, curubas y cortapicos, lulos redondos para el olfato, brevas aperadas, membrillos que impregnan las ropas en los escarpates, guanábanas y chirimoyas de un verde dulce, guamas y churimas, aguacates pintones, sandías y badeas, ciruelas, mameyes, pitahayas, hi-

1. *La casa de las dos palmas*. Editorial Planeta. Bogotá, 1988, p. 207





Liceo San Antonio (Jardín Antioquia, 1935). Fotografía anónimo. Cortesía de Rosa Matilde Vásquez, profesora del municipio de Jardín y promotora de lectura.

gos y toronjas”². En estas tierras está ubicado Balandú, el pueblo fundado por los primeros Herreros.

En las tierras frías se ubica *La casa de las dos palmas* donde crecen las palmas de cera que Zoraida Vélez sembró a la entrada de la casona donde el patio central es presidido por un roble centenario, y en cuyo jardín crecen “botón de oro, amir, jazmín del cabo, espuma de mar, lluvia de oro; la caléndula, la siempreviva, el saúco”. En los montes cercanos a la casa se levantan “dragos, sietecueros, yarumos, chagualos bellos y fuertes”³. El libro *El lenguaje*

de las flores será determinante en el romance del viejo Efrén Herreros con la joven Isabel.

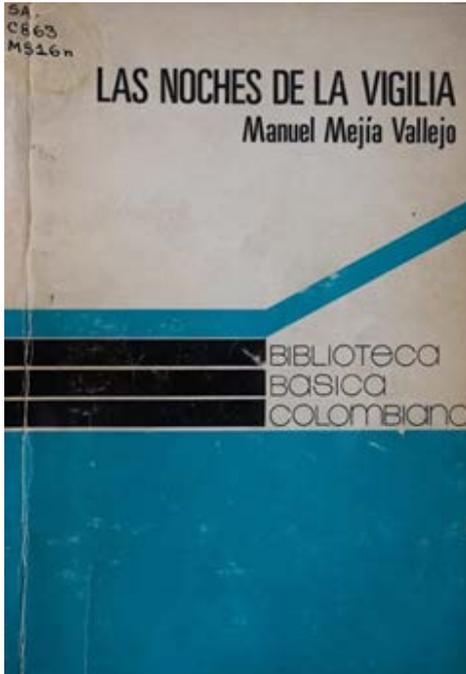
Y mucho más arriba, “En lo más alto de la cordillera que corresponde a Balandú, hay un páramo de vegetación escasa y extraña. Enormes piedras arrojadas por una explosión que destruyó al mismo volcán que la produjo, ayudan a esa imagen de abrupta soledad y apretado abandono. Las plantas crecen hechas al viento frío y a la sequedad: su aire conciso, su viento de cristal, su hielo seco, han propiciado aquella persistencia heroica de la vida en un medio negado al crecimiento.”⁴. Allí crece la

2. *Tarde de verano*. Plaza y Janés editores. Bogotá, 1980. P. 140.

3 *Casa de las dos palmas*. Editorial Planeta. Bogo-

tá 1988. P 44.

4 *Las noches de la vigilia*. Ed. Colcultura. Bibliote-



enredadera de la soledad y la planta que no se nombra; habita el bestiario creado por la imaginación de Manuel: “un puma que no podía morir, plantas ambulantes, aves de pico en cada punta de su ala colectiva, *núbaceos* descendidos de las nubes más espesas, *núa-núas* y *bisabises*...se sabía de animales desdoblados entre cielo y tierra., se sabía de un río fantasma, donde chapoteaban peces de otros siglos y golpeaban aguas huidas definitivamente”⁵. Habitaba también en el páramo la *girándula*, “núcleo luminoso y siete chispas-verdes, rojizas, azules-giraban en derredor para formar el más bello de los animales. Existía el pájaro *Silva-muere* cuyo pico tubular tiene las seis per-

ca Básica Colombiana. 1975.p.2

5 Ibid.



foraciones de una flauta dulce. En el permanente remolino de la niebla del páramo conviven recuerdos, sueños, almas descarriadas, palabras sin dueño”.

Un pueblo, Balandú

Otra diferencia con la obra anterior es el cambio de ubicación y de nombre del pueblo donde se desarrollará parte de la *saga Herreros*. Balandú es muy diferente a El Tambo, “pueblo de sol de cobre”, territorio donde se desarrolla *El día señalado*. Balandú es una típica población ubicada en la mitad de la cordillera, construida de cara al horizonte, abundante

en aguas saludables y lejana de los zancudos y el comején. El imaginario nombre con acento agudo, evoca la toponimia de muchos pueblos de la colonización que conservaron el nominativo ancestral de los *Emberá-Chamí*, pobladores originarios de las tierras colonizadas en el siglo XIX.

Como todos los pueblos nacidos en el proceso colonizador, Balandú tuvo su época de apogeo en los años posteriores a la fundación, para luego caer en una lenta decadencia. Al furor colonizador lo reemplaza la nostalgia de otros tiempos. En la época de los fundadores el tiempo era el futuro. A partir de la tercera generación el tiempo se desarrolla hacia atrás, hacia los recuerdos. “El pueblo también dejaba la impresión de un cansancio en madera, en piedra, un arrepentimiento del esfuerzo inconcluso”⁶. Los pueblos quedan a la orilla de la historia que ahora pasa por las grandes ciudades que absorben toda la energía de los campos. Para describir la vida monótona, Mejía Vallejo crea un nuevo verbo: *Aldear*. “Estar aldeado: triste, jodido, hastiado, sólo, en vísperas de morir sin trascendencia. Aldea es un estado del alma, rabia diluida, angustia cuadrada como la plaza, gris como los tejados. Modorra y soledad, chisme, lentitud, días en blanco... Los periódicos llegan tarde y cuando llegan ya todo ha sucedido... A las ocho y treinta el reloj da las ocho...”

6 Las noches de la vigilia. P. 1

Un Linaje

“Nunca en ninguna familia hubo tantos rostros tan hermosos ni tantas almas tan desoladas”⁷.

A medida que se iba configurando el ciclo narrativo, Manuel perfilaba cada uno de los integrantes de la tres veces maldita familia de los Herreros. La primera generación, la de los fundadores y pobladores está apenas insinuada en los recuerdos de los personajes pertenecientes a las generaciones siguientes. Se sabe de Efraín, arquetipo de colonizador, de poblador, más cercano al hacha que al papel sellado; de Mariano, primer alcalde de Balandú, justo y ciego; de Juan, el iluso minero que construye la casa de las dos palmas; de Miguel, o Miguelón, tallador de madera, borracho esculpió el Santo Cristo de los Nubarrones, cuando lo terminó estuvo seis días abrazado a él. Creó también un reloj que funcionaba al revés.

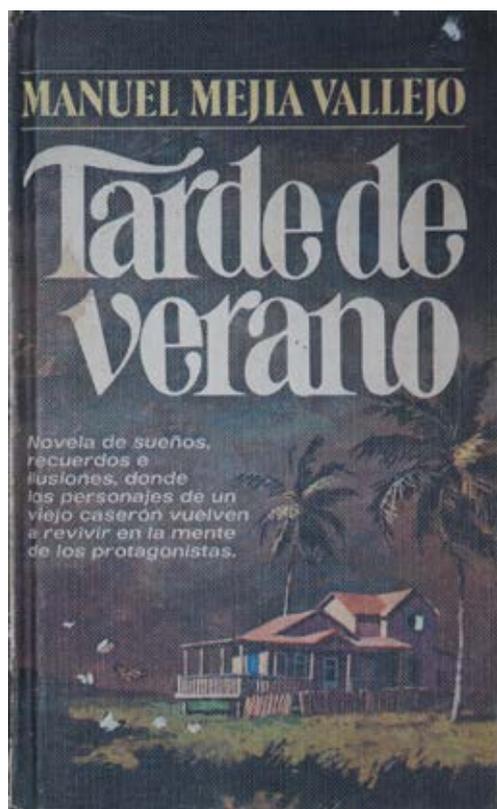
La línea la siguen los hijos de Efraín: Rodrigo, abogado; Monseñor José Ramón; Enrique, quien odia al padre y para huir se alista como ordenanza de Rafael Uribe Uribe en la Guerra de los Mil Días, de donde regresa trastornado por lo que vivió en la sangrienta confrontación armada; Y Efrén, quien sigue la línea, recibe la tercera maldición y conserva el ímpetu colonizador de su padre. Efraín

7 Tarde de verano. P. 68.

tuvo, a su vez, dos hijos naturales: Juancho López, hijo de Escolástica García, hija de Francisca García.

La tercera generación está representada por los hijos e hijas de Efrén, marcados por la maldición y la tragedia. Lucía, muerta a los quince años de leucemia; Medardo, trastornado por la muerte de Lucía, incapaz para dar amor, errante, abandona a Zoraida Vélez quien terminara viviendo su ceguera en la Casa de las Dos Palmas; *La monja*, casada con el avaro David Henao, con quien tuvo siete hijos, entre ellos Héctor, suicida y María Cristina, quien “murió oportunamente para evitar más tragedias”. Al morir David, el avaro esposo, ingresó al convento. Personaje medular es Evangelina, esposa de José Aníbal Gómez, prototipo del macho irredento y casada, ya en su penumbra, en segundas nupcias con el doctor Morales, ya convertida en la madre, cuyos hijos, Paula y Eusebio Morales, la cuarta generación, que en su decadencia, cerrarán el linaje. “Los últimos de las grandes familias únicamente podemos vivir en el pasado, esa nuestra rutina. Nos pegamos de una tragedia o una gloria por incapacidad de producir cosas nuevas. Algo anterior a nosotros nos trajo débiles”⁸.

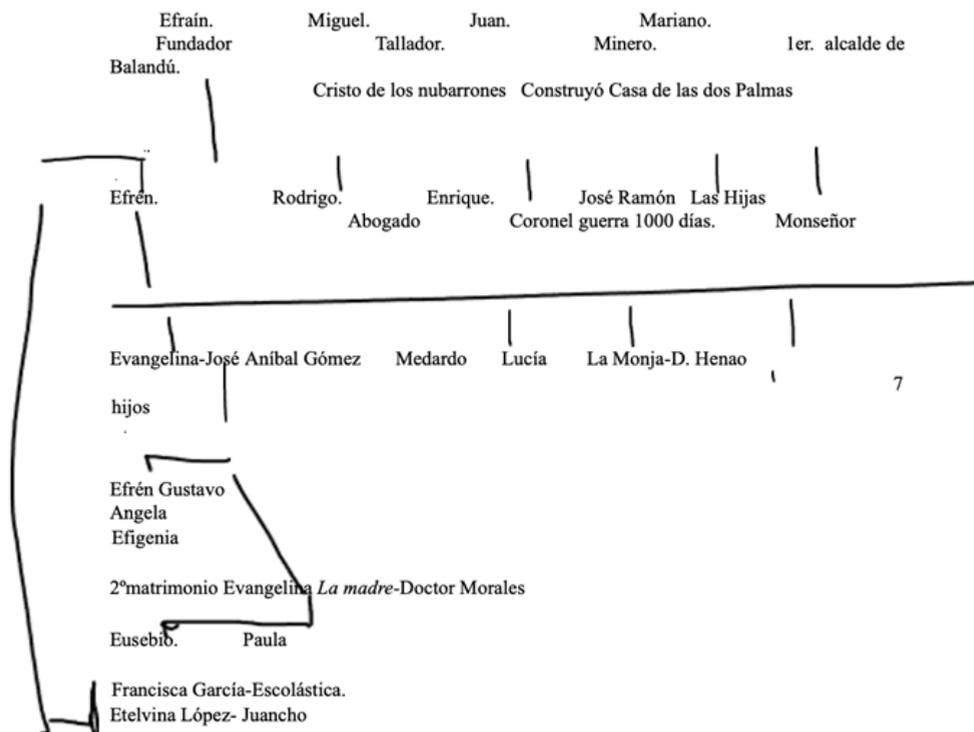
Salvo el primo Roberto, el juglar errante, que tenía “los ojos llenos de viaje”, y quien aparece en todas



las novelas del ciclo, los otros integrantes de la familia figuran tangencialmente sin llegar a convertirse en personajes. Vestina, se rodeó de gatos, Prudencia tenía siete relojes, tía Mariana jaulas de cuarenta y dos tamaños.

⁸ *Tarde de verano*. P. 57,

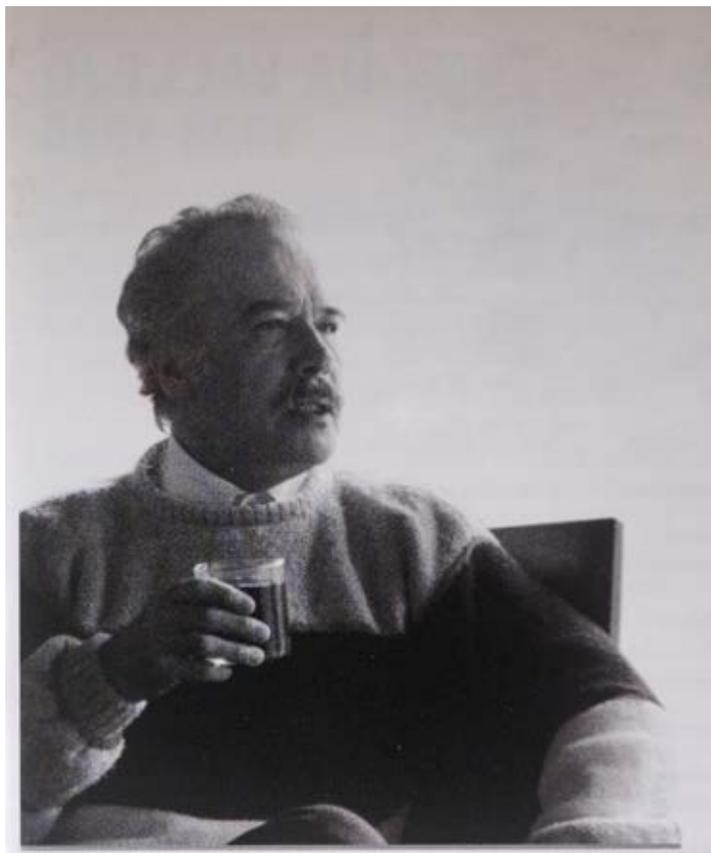
Árbol genealógico de la familia Herreros.



Un Lenguaje

Las últimas obras de Mejía Vallejo exigen un lector atento, riguroso. **El autor ya no describe, ahora insinúa.** Hay una economía de palabras que lo aleja de la tentación barroca utilizada por algunos de los escritores de su generación. El sustantivo se basta a sí mismo. El adjetivo se utiliza sólo cuando es necesario. Para usar una metáfora cercana, el autor al escribir es como el jinete que contiene las riendas del potro que se quiere desbocar. Los rasgos de una personalidad son descritos de un solo trazo:

“Don Leónidas vivía de perfil”⁹ Es la imaginación del lector la que debe completar el personaje a partir de una somera descripción. El diálogo se hace conciso, casi de monosílabos. También introduce, a la manera de la tragedia y la comedia griega, la voz del pueblo, el coro que comenta, la voz colectiva que complementa la acción o la descripción.



Las obras del ciclo

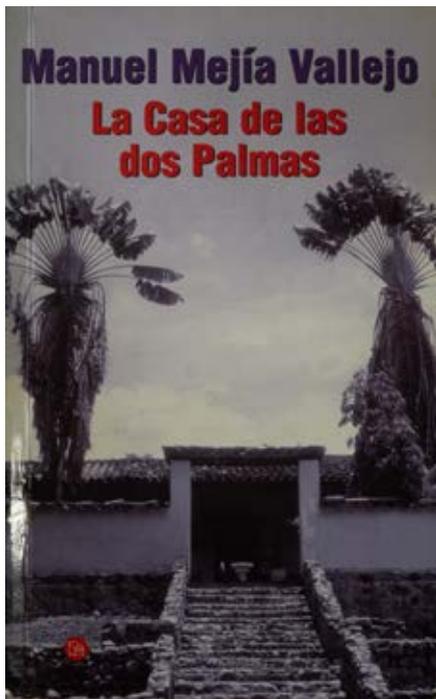
De manera simplista, se puede afirmar que, en el primer ciclo creativo de Manuel Mejía Vallejo, el autor, que vive el desarraigo en *La tierra éramos nosotros*, se va despojando del mundo rural y llega *Al pie de la ciudad*. A pesar de hacer novela urbana, el autor no se siente cómodo en esas calles y de manera paulatina inicia el regreso al origen, al *nosotros* habitantes de la tierra perdida. Para tal fin, reconstruye ese plural en forma de saga: los Herreros.

Existen dos obras *bisagra* entre los dos ciclos creativos: la novela *Aire de tango* y el libro de cuentos *Las noches de la vigilia*. En cuanto

a la primera, si bien es una novela urbana, que se desarrolla en lugares identificables del Medellín de los años cincuenta, los personajes provienen de *Balandú* y sienten una permanente nostalgia de su pueblo. Jairo, el protagonista, que nació el día que se tostó Gardel, es hijo de Rocío Peláez, quién para evitar la deshonra, abandona el pueblo: “Voy a tener un hijo y lo cuidaré, se llamará Jairo”¹⁰. A su vez, el narrador, Ernesto Arango, asiduo de la cantina *Sol de oriente*¹¹, se desplaza a Medellín para continuar su vida de goterero y charlatán. De hecho, la estructura de la novela, en apariencia una narración

10 *Tarde de verano*, p. 198

11 *Los invocados*. Editorial Norma, Bogotá, 1997, p. 100.



continua, está dividida en capítulos acordes con los 20 aguardientes que el narrador le va logrando sacar a los lectores/contertulios. Lo mismo ocurre con Pascacio, chalán, domador de caballos, tejedor de riendas y cabezales, hombre de pueblo desorientado en la ciudad, enamorado de un maniquí. Era la barra de Balandú, evocadores permanentes del pueblo natal, al que recuerdan en 36 ocasiones a lo largo de la novela. En *Aire de tango* Manuel inicia el regreso al origen.

Por su parte, en *Las noches de la vigilia*, Mejía Vallejo se despoja de la carga de realismo e incursiona en la literatura fantástica, en la creación de un mundo de ficción, en el que habitan seres que pueblan los sueños, individuos que se niegan a ingresar al olvido o permanecen en territorios de niebla después de la

partida. Si se hiciera una analogía con la pintura mural al fresco, se podría decir que estos cuentos, sumados a los que contienen Otras historias de *Balandú* y *Sombras contra el muro*, son bosquejos, apuntes que luego se integrará en el gran relato mural/novela.

El núcleo central lo componen tres novelas que en realidad son un solo gran relato de la *Saga Herreros*. Su publicación no se dio de manera secuencial y por tanto es recomendable leerla acorde con los tiempos literarios y no por fechas de publicación.

Después de *Aire de tango* y *El Mundo* sigue andando, novelas urbanas donde Balandú y sus personajes son enunciados, en *La casa de las dos palmas* cobran identidad propia. La habilidad narrativa del autor nos permite conocer la primera generación, la de los colonizadores que fundaron el pueblo y construyeron las casas del río y del páramo. Los personajes de *La casa de las dos palmas* son la segunda y tercera generación de Herreros, portadores de maldición, encerrados en el caserón y en sus propios fantasmas. "En el trascurso de cuatro generaciones hubo aquí dos suicidios, un asesinato, dos encierros por alcoholismo y locura, cuatro velorios y vidas dislocadas y amargas que debatieron su destino en forma sometida o inútilmente heroica".¹²

¹² *Los invocados*, p. 293.



Manuel, en las páginas interiores de *Borges*, memoria de un gesto, fotografía de Jairo Osorio Gómez, publicado por la bpp.

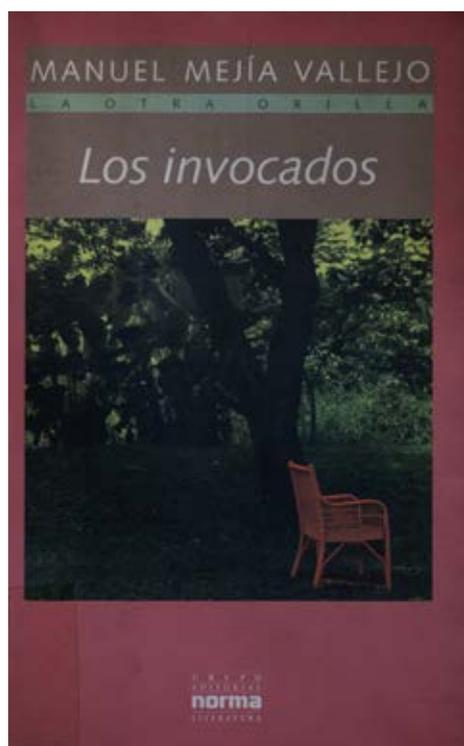
En *Tarde de verano* el ímpetu colonizador ha cesado. Balandú es un pueblo ya sin aliento¹³. La vida transcurre monótona e intrascendente. Pero en esa modorra permanente se vive el drama de la cuarta generación: la de Paula y Eusebio Morales Herreros. Encerrados en el caserón que vivió mejores épocas, los dos hermanos se aferran a los recuerdos y en su decadencia viven con las sombras, con los rostros que detuvo el tiempo en las fotografías, en los espejos que continúan reflejando antepasados de vida atravesada por un sino de fatalidad. Y, sobre todo, Eusebio vive en la canción, la que habla de penas de

amor, de la fugacidad de la vida, de la imposibilidad del olvido.

Alrededor de los dos personajes centrales circulan los habitantes de Balandú, en su vida gris, con su humor ingenuo, con su drama personal. Por allí pasan el ebanista, el herrero, el carnicero, el avaro, el cura párroco y las damas católicas. Es el coro que acompaña la tragedia. La novela tiene siete capítulos, divididos por los días de la semana que va saludando el bobo del pueblo a quién apodan Almanaque: buenos días, lunes; buenos días, martes ...

Cierra el ciclo Herreros y por consiguiente el opus creativo de Mejía Vallejo, la novela *Los invocados*. *Manuel/Bernardo*, el mismo personaje que regresa de la ciudad al mundo perdido en *La Tierra éramos nosotros*, retorna a la casa del páramo para invocar a los antepasados: "Que vengan los difuntos a la cita en la Casa de las Dos Palmas. Los invoco esta noche, ¡vengan los muertos que me pertenecen!". Y a lo largo de la novela van desfilando: "Es Roberto", "Es Efrén", "Es Lucía" ... Cada uno va relatando su vida, sus pasiones secretas, sus amores inconclusos, su final trágico. En la noche iluminada por el fuego de la chimenea surge Medardo, incapaz de dar amor, asesino de su alter-ego, Elías Bote-ro. Aparece en su noche de locura Evangelina recordando el amor/odio de la casa de las cadenas; Allí están los suicidas como Juan Herreros y su

13 *Los invocados*, p. 160.



galope eterno, como Leonel y su camisa ardiendo luego del disparo seco; como Eusebio Morales con quién culmina la saga de una familia signada por la tragedia.

Al año de la publicación de *Los invocados* termina también la existencia de Manuel/Bernardo, el gran invocador.

Juan Luis Mejía Arango

(Medellín, 1951). Abogado. Director de la Biblioteca Pública Piloto y de la Biblioteca Nacional de Colombia, director del Instituto Colombiano de Cultura y ministro de Cultura. Rector de la Universidad EAFIT entre 2004 y 2020. Desde mayo de 2008 es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Entre numerosos textos de su autoría citamos: "El gesto y la mirada" (Universidad Pontificia Bolivariana, 1996), "Poesía de la naturaleza: una visión del paisaje en Antioquia" (Suramericana de Seguros, 1997), "Historia de la fotografía en Antioquia" (Suramericana, 1998), "En el recodo de todo camino" (Fondo Cultural Cafetero, 1998), "Economía y Cultura, la tercera cara de la moneda" (Convenio Andrés Bello, 2001). "Manuel D. Carvajal Marulanda: la pintura como autobiografía" (Fondo Cultural Cafetero, 2001) y "De caminos y autopistas: historia de la infraestructura vial en Antioquia" (Gobernación de Antioquia, 2014).